



## EL ABANICO A TRAVES DE LOS TIEMPOS

Chiese al ventaglio un dotto archimandrita  
Dimmi ventaglio, che cos'è la vita?  
È il ventaglio, con molle ondeggiamento:  
È tutto vento, vento, vento.....

Entre las diversas colecciones de objetos que se relacionan con la indumentaria, con la vida familiar y social de nuestros antepasados y que se exhiben al público en los salones del Departamento de Etnología Colonial y de la República, una de las más agradables y que quizás pasa desapercibida, es la colección de abanicos.

Sin tener ejemplares de gran riqueza, muestra casi todos los tipos de abanicos usados en México.

En las vitrinas se agrupan clasificados por épocas y con su cédula correspondiente, pero se necesitaría un gran espacio para exhibir ampliamente los ejemplares más típicos, y una cédula no puede contener la historia, ya sea brevísima, de una prenda ligada constantemente a la vida femenina, según lo vemos en la serie de retratos que exhibe el Museo y que nos muestran al abanico de variada procedencia, de diverso tamaño, acompañando al pañuelo o mascarada de fina seda, o a la flor que alambicadamente sostiene la dama con los dedos. Tienen abanicos desde Dña. Juana Cortés y Chimalpopoca, hasta la señora de nuestros días.

Algunas notas relativas al origen del abanico, a su historia en general, a su liga con la vida social, durante los siglos XVIII y XIX, especialmente en Francia y España, por su influencia directa en nuestras costumbres,

acompañan a la presentación de los ejemplares más interesantes que se exhiben.

Siempre ha sido codiciado el abanico por las mujeres en cuyas manos se convierte en cetro. Lo codician los coleccionistas; cuando han sido cincelados sus *padrones* por Langlois, o pintados sus *paises* por Boucher o Watteau, alcanza la categoría de una obra de arte.

Procede el abanico del Oriente y de los países cálidos.

Que su vida es antiquísima nos lo demuestran los relieves asirios; las solemnes teorías de los egipcios; las viejas pinturas y bordados chinos; las estampas persas y algunos de nuestros códices, en los que acompaña al quitasol y a las insignias del poder supremo. Solemnemente graves empuñan los servidores abanicos de largo mango en el séquito de los miembros de la familia real o de los grandes dignatarios.

De los tiempos precortesianos y representando indudablemente ejemplares riquísimos de su avanzado arte plumario, nos hablan Bernal Díaz, López de Gomara, Sahagún y diversas relaciones. Unas veces como insignia, otras como quitasol, y con diversos nombres, era el uso frecuente.

Dice Bernal Díaz: "Y traían ricas mantas labradas y los bragueros de la misma manera (que entonces bragueros se ponían) y el cabello lacio e alzado como atado en la cabeza y cada uno unas rosas oliéndolas, y *mosqueadores* que les traían otros indios como criados, y cada uno un bordón con un garabato en la mano."

López de Gomara: "En cada pueblo había un cogedor, que eran como aguaciles y traían varas y *ventalles* en las manos."

Sahagún, describiendo a los primeros pobladores de la Nueva España: "Los tarascos tenían sus vestidos de pellejo de gato montés o de tigre, o de león, o de venado, traían plumaje redondo a manera de aventadorico de pluma encarnada; metido en la guilnarda que traían en la caleza, hecha de pellejo de ardilla. . . . . Los totonacos tienen la cara larga y las cabezas chatas. . . . . viven en policía porque traen joyas y sartales al cuello y se ponen plumajes y traen *aventadores* y se ponen otros dijes, ropados curiosamente, miranse en espejos y las mujeres se ponen enaguas pintadas, galanas camisas ni más ni menos."

Castañeda en la Relación de Aculma (Acolman), en 1580, nos dice: "Peleaban con arco y flechas y macanas, vestían armas de algodón; en tiempo de paz los principales traían sus maxtles o mantas delgadas de *neque* o *cacles*, conctinuantemente esecto en las fiestas que bestían mantas de algodón labradas de labores e quando yban fuera para la defensa del sol llevaba cada uno de ellos un *ventalle* de plumas."

En la memoria de las joyas, rodela y ropa remitidas al Emperador Carlos V por D. Fernando Cortés y el Ayuntamiento de Veracruz. . . . Llegadas a Sevilla el 5 de noviembre de 1519, se mencionan entre las diversas piezas: "Item mas: un *moscador* de plumajes de colores con treinta y siete verjitas cubiertas de oro."

"Item mas: un moscador de plumajes, puesto en una caña guarnecida

en cuero de animal pintado, hecho a manera de veleta y encima tiene una copa de plumajes y que en fin de todo tiene muchas plumas verdes largas."

"Item mas: Cuatro *moscadores* de plumajes de colores y los tres de ellos tienen a tres cañoncitos cubiertos de oro y el uno tiene a trece."

En todos los países encontramos los abanicos de ceremonia o insignias; interviene en los primeros tiempos de la iglesia formando parte de la liturgia, conservando el nombre romano de *flabellum* y con el mismo tipo, de penacho de plumas, montado en mangos más o menos largos y diversamente decorados, precede al abanico plegadizo en las manos femeniles.

En la pintura mural atribuída a la escuela jónica, que se conserva en la Biblioteca del Vaticano, con el nombre de "Bodas Aldobrandinas" se encuentra una figura de matrona que tiene un abanico del tipo mencionado en la mano. Continúa el uso de este abanico y el de los ventalles catalán y veneciano.

Formado este último por una especie de banderola de papel o tela bordada sujeta en una varilla de madera, marfil, carey o metal, grabada y cincelada cada vez más rica, hasta ser cubierta de pedrerías y obligar al gobierno veneciano, a prohibir el uso de abanicos tan valiosos. Algunos, eran de pieles finísimas con mangos de oro y plata sembrados de piedras finas y perlas. Únicamente se permitía el uso de abanicos sencillos, de plumas, con varillas de hueso negro, o marfil, sin adornos de oro, o de plata (1525).

Cuenta una leyenda china<sup>1</sup> que la invención del abanico se debió a la bellísima princesa Kan-Si, hija de un rico mandarín. Asistía la princesa a la fiesta de las linternas. El calor sofocante que sentía la obligó a separar la máscara de su rostro, el pudor le prohibía exponer su cara descubierta a las miradas de los hombres. ¿Qué hacer? Tuvo la máscara lo más cerca posible de la cara agitándola rápidamente, la velocidad de los movimientos formaba una especie de velo que impedía mirar el rostro de la princesa.

Las diez mil mujeres testigos de esta innovación encantadora y audaz imitaron a la princesa. Había nacido el abanico novecientos noventa y un años antes de J. C.

Desde entonces ha acompañado al traje chino y se ha extendido su uso de tal manera que se encuentran cerca de treinta tipos de abanicos fabricados en China.

Desde el abanico de papel, marfil o tela, liso, en el que deja su autógrafa el gran señor, o escribe el poeta, hasta los calados y sutiles como encajes de marfil y filigranas de plata; grabados en concha; de plumas de faisán, o de plumas pintadas tallados en maderas de sándalo o bambú; lacados totalmente, o en parte y con los *palses* revestidos de pintura que nos muestran varias escenas. En algunos las figuras tienen las caras pintadas sobre delgadas láminas de marfil y los trajes están hechos con fragmentos de telas sobrepuestas y decoradas con pequeñas puntadas que trazan labores. Todos nos revelan la paciente maestría y el conocimiento en la decora-

1 "El abanico se dice que fue importado de Corea a China."

ción, característicos del artífice chino y que hacen pensar en todas las cosas hechas a mano en madera en hueso o en marfil, llenas de paciencia, de asiento, de agonía y mostrando hasta donde hay empleada en ellas una alma laboriosa que se quedó exhausta en la tarea, como en la contemplación de Buda, quien ya no exigiría más después de haberla visto envejecer sobre la menuda obra.

Se compone el abanico plegadizo, de una serie de láminas trapezoidales, que perforadas en su parte inferior, se reúnen por medio de un perno llamado clavillo; las varillas más gruesas que quedan al exterior (padrones) reciben la ornamentación siempre visible, y que es riquísima en algunos, o de tal manera artística que muy difícilmente el varillaje y *pais* alcanzan la importancia de los padrones.

El mayor número de abanicos prolonga sus varillas en rectángulos muy alargados (pajillas, sobre las que se montan las telas o papel (países del abanico), decorados de muy diversas maneras.

En los abanicos llamados de *baraja*, las varillas no terminan en pajillas, se prolongan ensanchándose y se unen por medio de un listón. Algunos de estos abanicos están dispuestos de tal modo que presentan distintas decoraciones según el sentido en que se desplieguen.

En el Japón el abanico es prenda indispensable. Ha sido de uso constante, lo encontramos en los Kakemonos de los grandes pintores japoneses Hiroshiqué-Hopussi.

Sobre un abanico deposita el rico la dádiva que hace al pobre; con el abanico castiga el maestro al discípulo y es un objeto predilecto para el premio.

Colocado sobre una bandeja de forma especial, anuncia al criminal de noble alcurnia su sentencia, y cuando tiene las manos hacia este fúnebre dón, el verdugo debe cumplir su obra. Entre los abanicos pintados a mano ocupan lugar preferente, los pintados por artistas japoneses: sobrios, de rasgos vibrantes y con una delicadeza en el color que los hace inconfundibles.

Un retrato pintado por Gaspar de Ruiz, en 1588, nos presenta a una dama inglesa de alto rango; sobre el rico vestido cae el manguito sostenido por un cordón y ostenta en la mano derecha su abanico, tupido penacho de plumas que brota de un largo cáliz de metal. Tomaban los abanicos de ese tipo los nombres de "esmouchoir" o "esmouchail."

Bajo la forma de grandes plumeros, o de banderas de pergamino, tela o cuero dorado, pasa el abanico del imperio bizantino a la Europa Occidental.

Son dignos de notarse los progresos crecientes de la confianza en el abanico que encontramos en las mujeres de Tiziano. Isabel de Este, en su retrato pintado en 1534, sostiene el abanico de plumas de avestruz con aire de sumisión, mientras que Lavinia, la hermosa hija del maestro, pintada con traje de novia en 1555, lleva su abanico veleta con la decisión de una Juana de Arco.

El abanico bandera o veleta, por su semejanza con esta última, fué considerado como el estandarte de la virginidad (abanico de novia). Para las casadas, eran los hermosos abanicos de plumas en su color natural o teñi-

das, con largos mangos pendientes de ricos collares como el abanico de Juana de Foix: "De plumas blancas respaldadas de oro, rodeando un espejo bordado por pequeños cabujones de rubies, cuatro camafeos de ágata y una sola perla cubierta de pequeñas lentejuelas de oro (Inventario de las joyas y piedras del Rey de Navarra 1583).

Sin mostrar opulencia, pero característico de la gran popularidad del abanico, es el retrato de una granadina, pintado por Cesare Vecelli en 1590, ataviada con turbante, mantilla, un rebocío y zapatillas, sosteniendo en la mano un abanico: arreglo aparatoso de plumas blancas atadas alrededor de una rama de forma caprichosa.

Según Pierre de l'Estoile, este artilugio femenino fue introducido y usado por primera vez en Francia, por el más ligero y exquisito de sus reyes, por Enrique III.

En "L'Isle des Hermaphrodites" (1588) se nos cuenta que la etiqueta de la corte ordenaba poner en la mano derecha del Rey, un instrumento que se podía doblar y desdoblar con un ligero movimiento del dedo; se llamaba "éventail," era de pergamino muy finamente cortado y con una orla de encaje. Era lo bastante grande para reguardar del sol y refrescar la delicada piel del Rey."

Destrona este abanico al "esmouchoir" y para la riqueza de la hoja del abanico (país), emplea los encajes italianos de oro y plata; las "punti tagliati" y "punti in aria," maravillas de los encajes italianos.

La Reina Isabel de Inglaterra es considerada, generalmente, como la abuela del abanico. Era el obsequio de un abanico prueba del real afecto y los embajadores no partían si aceptarlos como recuerdo para un lejano dendo.

El furor de los abanicos crece, y se fabrican para todos los usos: abanicos de paseo, de tarde, de ceremonia, de baile y de corte, abanicos de bautizo, de boda y de luto, de conmemoración y de recuerdo. Las damas del último tercio del siglo XVII, preferían para acompañar a los trajes de ceremonia, los abanicos de encaje; puntos de Alencon y Bruselas, o punto de Inglaterra.

Más tarde se hicieron ensayos para producir abanicos baratos. Los graban Callot y Abraham Bosse, sirven como anuncios de los perfumes de Grasse, los impregnan de "Peau d'Espagne" y con el tiempo se pierden los grabados, debido a las emanaciones del perfume.

En España nos encontramos un pintor que, mediocre en las grandes telas, recurre al fino pitucel para los abanicos. Juan Cano de Arévalo (1656-1696) se distingue en las pequeñas composiciones; pero no obstante eso, vende muy pocos abanicos. Se encierra una temporada y pinta gran cantidad que anuncia como "venidos de Francia." Llama con ellos la atención y alcanza tal éxito que es nombrado pintor de abanicos de la Reina. Muere Juan Cano de Arévalo galantemente en un duelo, contra varios adversarios.

El diámetro creciente de los guarda-infantes y verdugados; el tamaño enorme de los moños, comprometen al abanico y crece, crece hasta semejar pantalla portátil de chimenea y verse ridiculizado por el "Mercure" con el inmortal epitafio:

"Ici git l'Abbé Duportail  
Qui mourut d'un coup d'éventail."

Las grandes proporciones que se dan al abanico ponen a prueba la habilidad de los fabricantes para aligerar el peso, sin quitarle sus importantes dimensiones. calan el varillaje, hacen de filigrana las varillas y padrones, inspirándose en los trabajos chinos, en las lacas y porcelanas tan gratas al siglo XVIII.

Bajo Luis XIV alcanza el abanico su más alto grado de perfección. Los países se cubren de elegantes "gouaches", que pintan los mejores artistas; sobre el varillaje se salpican pedrerías; los padrones, tórnanse ricos joyeles y compiten orfebres y abaniqueros, empleando metales y piedras, nácar, marfil y carey, aplicando el arte francés de ese siglo, tan gracioso en su fuerza y majestad, en encuadrar las obras maestras de la pintura.

Algunos abanicos calados permitían ver lo que no se podía mirar cara, a cara. Sobre el país se abren ventanillas provistas de vidrio o láminas de gelatina, que imitan la mica, brillantes a la luz y encubridoras de los ojos pícaros que se ocultan tras ellos.

Son, en general, los asuntos favoritos, durante el reinado de Luis XIV, tomados de la historia, de la fábula o de la alegoría. Ocupa tantos artífices la fabricación de abanicos que organizan un Gremio, bajo el patronato de San Luis. Era necesario cuatro años de trabajo, la confección de una obra maestra y el pago de los derechos (550 libras), para ingresar al Gremio.

Bajo Luis XV, los pintores de abanicos se inspiran todavía en los mismos asuntos pero dan la preferencia a los asuntos pastoriles y copian a Boucher, Fragonard y Watteau, que no desdeñaron ilustrar abanicos.

Cambia la decoración en la época de Luis XVI, en lugar de cubrir con una sola composición todo el país, la dividen en tres medallones, rodeados de flores y ligados por guirrualdas:

En los medallones pintan escenas galantes, interiores, niños, amorcillos y elegantes figuras de mujer vestidas y tocadas a la usanza de la época.

En el siglo XVIII, la novia, el día de la boda, obsequiaba a cada invitado una bolsa y un abanico. Algunos regalos, especialmente en las bodas de alto rango, eran de gran valor.

Para la vida bucólica, cuando las pastorales del Trianón, preferían las Filis, pastoras vestidas de seda y encajes, lo sabanicos llamados (de baraja).

Más pequeños que el abanico de ceremonia y más fuertes, eran de más fácil manejo y el ruido que hacían sus hojas al abrirlo una mano nerviosa, era perceptible claramente al aire libre.

"Entre los abanicos de baraja ocupan lugar muy distinguido los vernis Martín".

Los Martín: Esteban y sus cuatro hijos Guillermo, Simón Esteban, Julián y Roberto (1706—1763), habían conseguido, por medio de fórmulas propias, imitar con éxito las lacas chinas, negras y de color, copiando o europeizando los dibujos chinos.

De 1730 a 1745, comenzaron a usar como fondo de sus composiciones una mezcla de pigmentos de color y oro lacado, a la que se ha dado el nombre de "vernís Martín" y sobre el que pintaron escenas galantes y pastorales en vez de los dibujos chinos.

Elegían los Martín las decoraciones según el gusto de sus compradores: paisajes en azul para Flamencos y Walones; ruinas y arquitectura para Italia, y bailarines y músicos para los españoles.

Bajo su cuidadosa dirección se hizo del abanico un delicado producto.

Tuvieron a Chardin y Huet como decoradores, adquirieron abanicos chinos tallados en marfil para darlos como modelos a sus operarios y con las innumerables hojas de su típico estilo dieron gran impulso a esta industria.

La vida aristocrática del abanico llega a su fin. Con el siglo XIX adquiere tal importancia, y es tan popular, que se puede seguir paso a paso, la historia de esos días, llena de vida y terriblemente rápida escrita en la hoja de papel, grabado o litografiado, iluminado o pintado a mano, que cubría los millares de abanicos, especialmente los fabricados a partir del 93 y que ocuparon lugar semejante al de nuestras "Extras" por el violento cambio de asuntos, de retratos y de ornamentación, según eran los acontecimientos del día.

Derruida la Bastilla como un viejo abanico, arrastró en su caída al monarca y a la sociedad que simbolizaba. No se comprendió de pronto la inmensa importancia de la destrucción de la Bastilla. Pocos días después, la historia de la convulsión andaba en todos los labios y cada uno de los principales actores adquiriría los tamaños de un héroe o un semidiós para la muchedumbre.

Algunos abanicos mostraban entre ocre y azules brillantes la siguiente inscripción: "Toma de la Bastilla por los ciudadanos de París y los Guardias Franceses—Julio 14—1789." A cada lado versos alusivos, arreglados al aire no muy propio de "Ma tendre Musette."

Entre los personajes del día cuyos retratos decoraban abanicos, encontramos a Mirabeau, con su cara arrugada y plegada, cual paisaje lunar; propicio al rápido y burdo hacer de los pintores de abanicos. Aparece declarando en la tribuna: arengando al pueblo; cruza por última vez la escena el actor y muestra por último, su epitafio.

En aquellos tiempos de conmoción, los amigos de hoy eran los enemigos de mañana y la influencia de Mirabeau pasa pronto.

En el primitivo lema: "Viva la Nación, la libertad, el Rey y la Constitución," se cambia el Rey por la Ley, y los abaniqueros, buenos ciudadanos y listos para la venta de su mercancía, imprimen el texto corregido en el dorso de sus paíes.

No mejoraban gran cosa con el patriotismo. Muchos de ellos labraban el suelo por cuenta del Estado con el jornal de veinte sueldos diarios; ocho horas al rayo del sol. Algunos de ellos que habían ayudado a tomar la Bastilla, suspiraban por el pasado, en el que las bellezas reinantes ayudaran su oficio al grado de no alcanzar a suplir la demanda.

Sentían que bajo el imperio de la libertad, había muerto la franqueza en el decir, junto con algunos otros de sus privilegios.

Desde que el Rey subió al cadalso, enero 21 de 1793, ningún abanico se atrevió a reproducir la odiada imagen y hasta que bajo el Directorio comenzó a respirar el pueblo con mayor libertad, no comenzaron a aparecer señales de realismo.

En esos días de reacción, se vendían secretamente abanicos, en cuyos países el Rey se despedía de su familia. Sauces llorones sombreaban las tumbas mostrando entre el follaje los perfiles de las reales víctimas.

Se ligan las ventas con la política. La Victoria de la "Montaña" sobre los Girondinos se canta en un abanico que adquiere gran boga entre las damas. Sobre un cielo radiante de sol, entre relámpagos y rayos, estalla una enorme roca de la que brotan las famosas tablas de la ley revolucionaria. Se llama esta obra de arte: "La Montaña dando a luz la Constitución Republicana."

Con un alto sombrero y un abanico "Constitucional" en su mano, pide una joven hablar con el Ciudadano Marat.

Esta joven era Carlota Corday que asesina en el baño al "amigo del pueblo." El abanico de Carlota lo cita en su declaración Lorenzo Bas, quien trabajaba en la casa en esos días.

El gremio de abaniqueros, temiendo que el acontecimiento desacreditara su mercancía, se apresura a lanzar abanicos a lo "Marat" que hacen furor. En algunos, sólo se veía la lívida cabeza del tribuno. En otros la rodeaban los héroes muertos por la causa de la libertad.

Como ironía extraña se conserva en la Biblioteca Nacional de París, en un álbum que ostenta las armas de María Antonieta, un ejemplar de abanico impreso en papel amarillo con una orla de picas y gorros de la libertad, encerrando cuatro medallones con los bustos de Marat, Lepelletier, Challier, y el joven Barra

Los últimos días de la Convención preludiaban el triunfo de J. J. Rousseau, "el amante de la naturaleza."

Ya en el Teatro Feydeau los jóvenes entusiastas habían substituído por su busto el de Marat, que habían arrojado al arroyo a los gritos de "Abajo Marat." Días de revolución. (Un clavo sacaba otro.) Mirabeau en lugar de Necker. Tras de Mirabeau, Marat. Ahora Rousseau en lugar del ídolo Jacobino.

Momento propicio para los abaniqueros.

Comienzan con una alegría en la que Juan Jacobo, sentado en un carro, abraza una estatua de Natura en cinta, con la mano derecha llena de flores campestres. En el fondo la tumba de Ermenonville sombreada por álamos y en primer término, un conjunto de jóvenes madres levantando a sus hijos para alcanzar una mirada del héroe.

Finalizaba la época del terror. Se acercaba el Directorio.

El amor a las diversiones y al placer, comprimidos por la inseguridad y el terror, irrumpía libremente; la moda gobernaba en absoluto y las costumbres llegaban al máximum de afectación y falsedad grotescas.

David, el sumo sacerdote del Arte Republicano, alcanza con su greco-romanismo gran favor y las damas se visten y posan como Lucrecias, Cornelias y otras damas de Roma y Grecia.

No era durable la naturaleza del apoteosis y pronto llegamos a una noche, en la cual, en uno de tantos teatros, la efigie del "hijo favorito de la Humanidad" fue revolcada en el fango y colgada. Todos los abanicos que ostentaban su imagen, rodeada de laureles, coronada de estrellas o circundada por la aureola del mártir, fueron quemados, rotos y pisoteados.

En 1791 Grégoire y Robespierre levantaron una acta en la cual los hombres de color, nacidos de padres libres, tenían iguales derechos que los blancos.

El asunto se trató en la sesión de 4 de febrero de 1794 declarándose abolido el comercio de esclavos.

Este asunto fue aprovechado por los impresores de abanicos, ilustrándolos con la aparatosa alegoría de "Las colonias," representadas por una joven, vestida como los incas de Marmontel, que dice, en inglés, a la República Francesa: "Encantadora esperanza de libertad, ven y conforta mi agotado corazón". La figura de Francia con un gorro frigio, se apoya en un escudo y recibe la apasionada invocación con bastante cachaza. Mercurio sacude basto manojos de cadenas rotas y a la derecha, una negrita, América, muestra en su pecho esta inscripción "Independencia y comercio en todo el Globo."

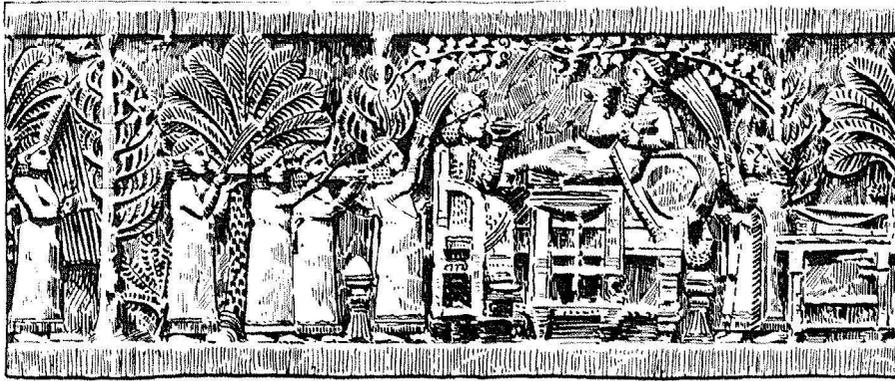
Los abaniqueros republicanos hacen a un lado sus espadas y azadas; trescientos de ellos vuelven a su antiguo oficio y trabajan en las novedades del día. Asuntos romanos semejantes a las decoraciones pompeyanas, pueblan los países: Diana, Apolo, Himeneo, grabados en medallones con cierta delicadeza e iluminados.

Escenas tomadas de los frisos del Partenón; bailes españoles, corridas de toros, fandangos y jotas de la España de Pandereta por estar de moda las cosas españolas desde el tratado de Basilea; compiten con estos abanicos los asuntos chinos e indios, obligados estos últimos a los trajes franceses, hasta encontrar indias peinadas a la "Tito".

La moda siguiente en los abanicos consiste en decorarlos con figuras de alto relieve, sobre un fondo obscuro, cual relieves blancos sobre mármol negro. Las cenefas decoradas con frisos de cacerías de venados, o cupidos regordetes. Algunos otros decorados al estilo de la porcelana con escenas pastoriles a lo Watteau o Boucher.

Un abanico muy protegido por las "aimables" del Boulevard de los Italianos, por considerarlo como arma para los conspiradores emigrados, era el abanico "Linterna mágica" en el que se representa a un grupo de "Incredibles" rodeando a un niño que pone los vidrios a la Linterna mágica. Una manchita de luz que aparece en una pared forma un círculo claro, aparentemente vacío; una luz colocada detrás hace aparecer al Rey, a la Reina, o al Delfín.

Los abanicos grabados por Tresca reproducen las pinturas de C. Ver-net con las figuras de "Incredibles" y "Merveilleuses", "Heroína del día",



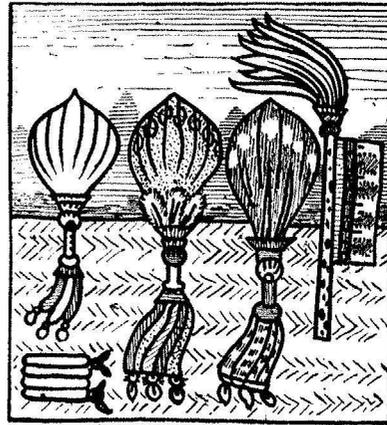
*Fiesta en los jardines de Arsukbanipal. Kujundsik. Springer-Rucci. I.*

1.—Bajo relieve asirio.



*Sahagún*

*Libro I.*



*Sahagún Ventallas—Libro IX*

2.—Abanicos y mosqueadores del Códice Sahagún existentes en la Biblioteca Laurenciana de Florencia.



3.—Damas venecianas, de antiguos grabados.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA



4.—Reproducción de un grabado de Bosse.—Personajes comprando abanicos.





5.—Abanico chino con mango de madera laqueada. (Museo Nacional.)

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA



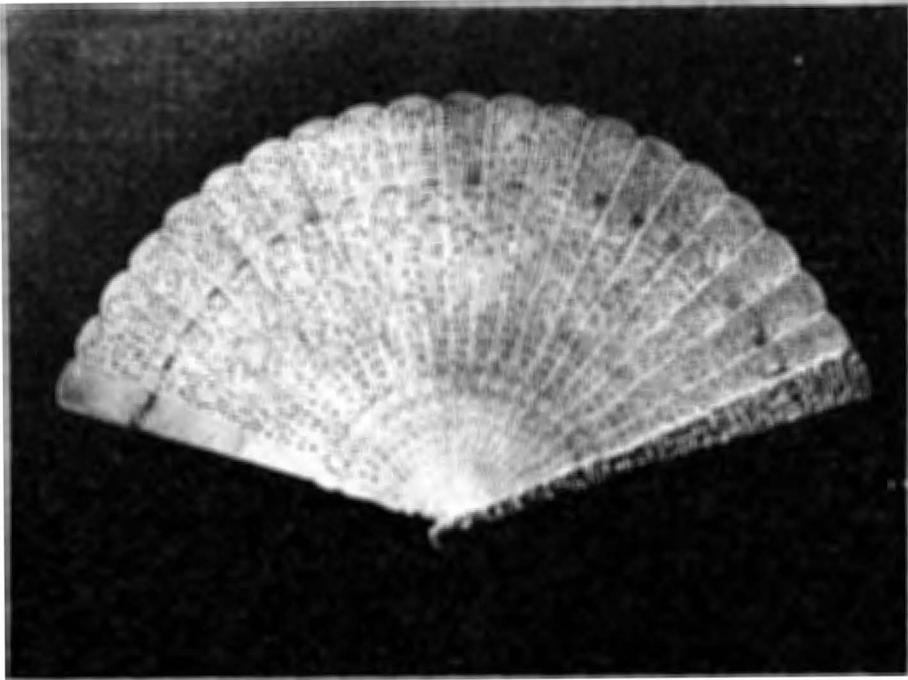
6.—D<sup>ña</sup> Juana María Romero, de un cuadro al óleo existente en el Museo Nacional.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

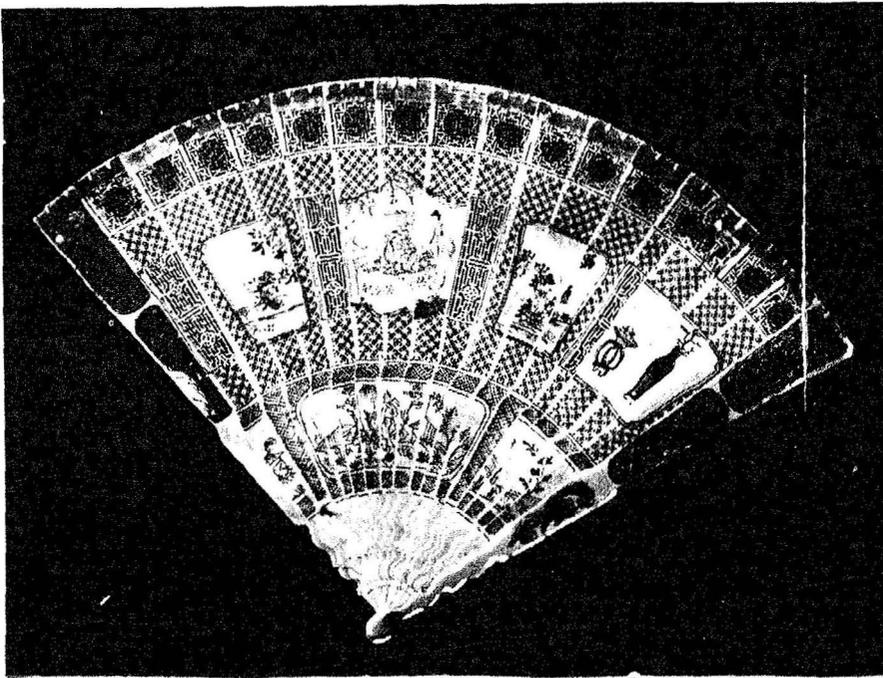


7.—Retrato de una dama del siglo XVIII. (Museo Nacional.)

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

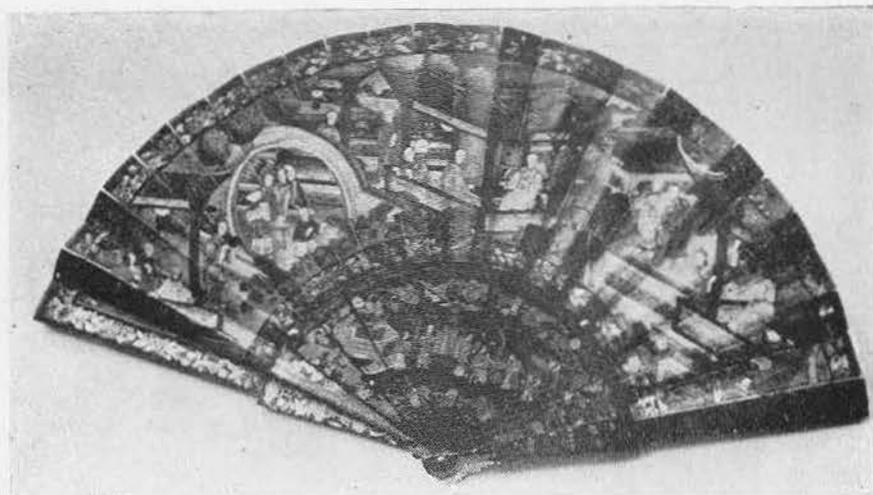


8.—Abanico chino de marfil calado y tallado.  
Colección del Museo Nacional.

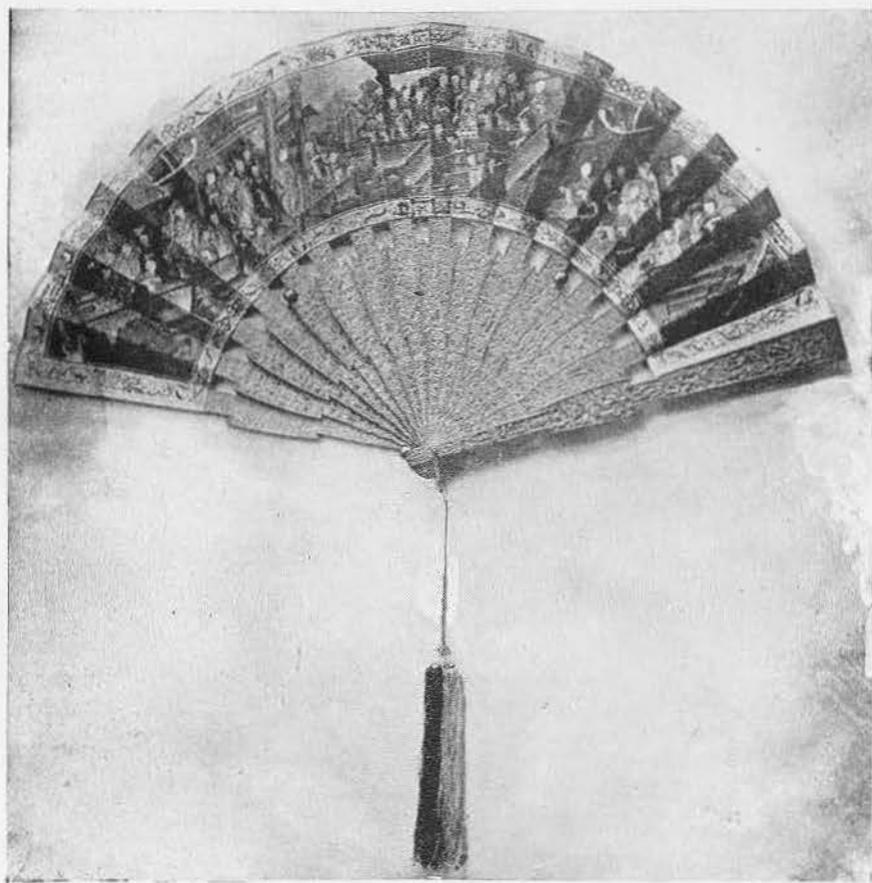


9.—Abanico chino de marfil calado y tallado.  
Colección del Museo Nacional.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

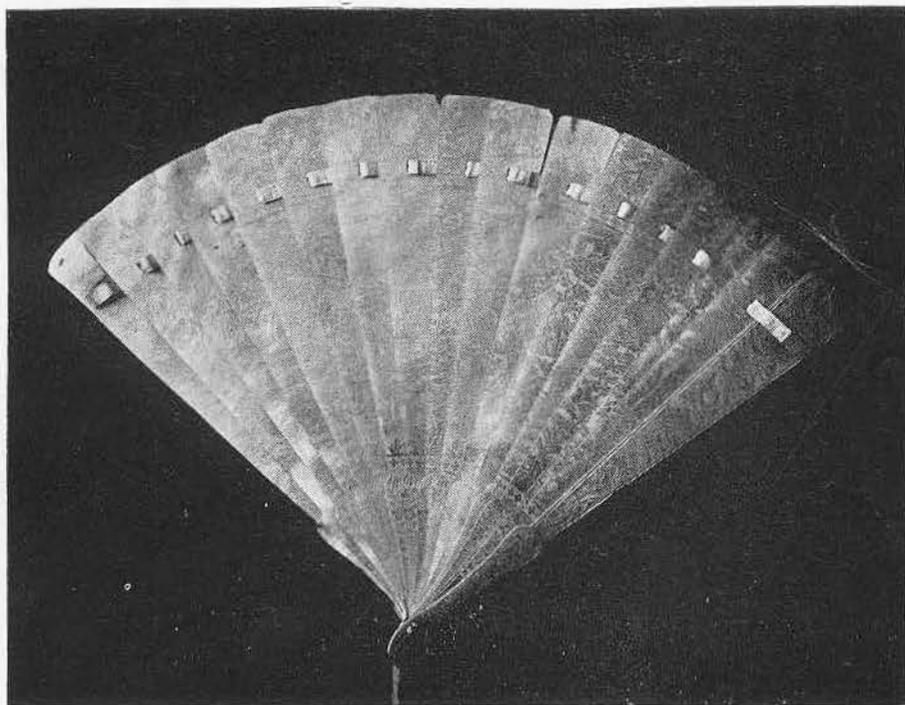


10.—Abanico chino de madera laqueada y tela pintada.  
Colección del Museo Nacional.

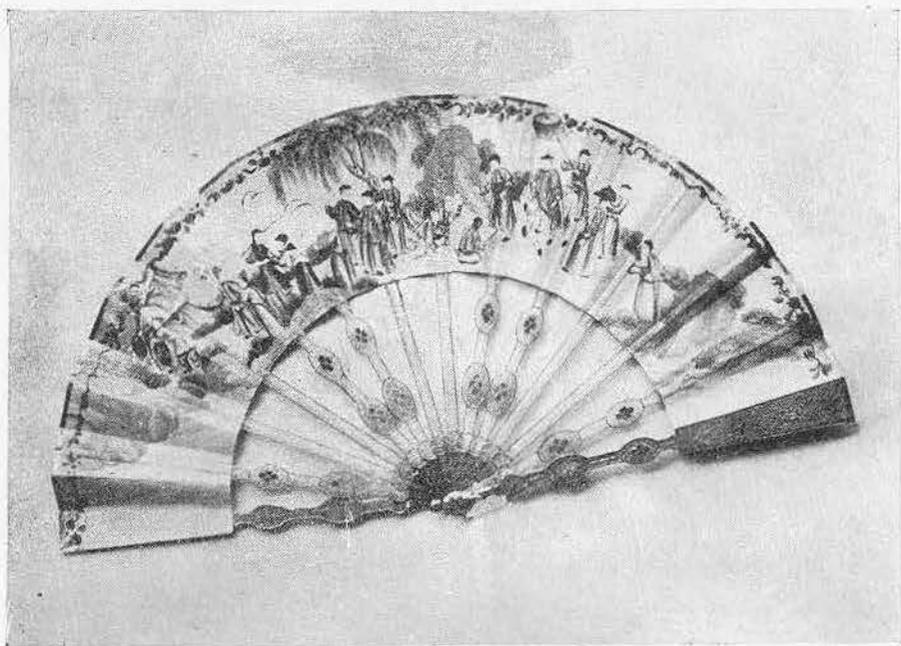


11.—Abanico chino de madera de sándalo y tela pintada.  
Colección del Museo Nacional.

MINISTERIO DE ECONOMÍA Y FINANZAS  
SECRETARÍA DE ECONOMÍA  
MEXICO, D.F. 2012

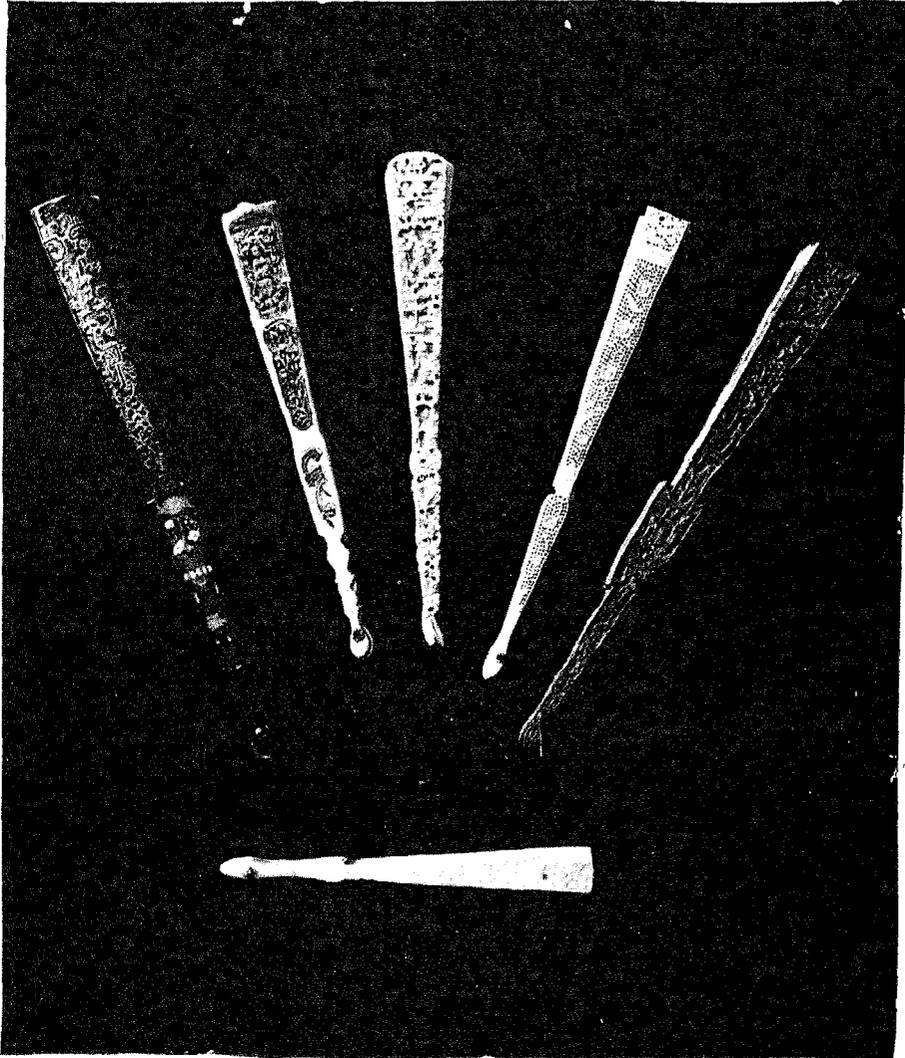


12.—Abanico de concha nácar (de bāraja).  
Colección del Museo Nacional.



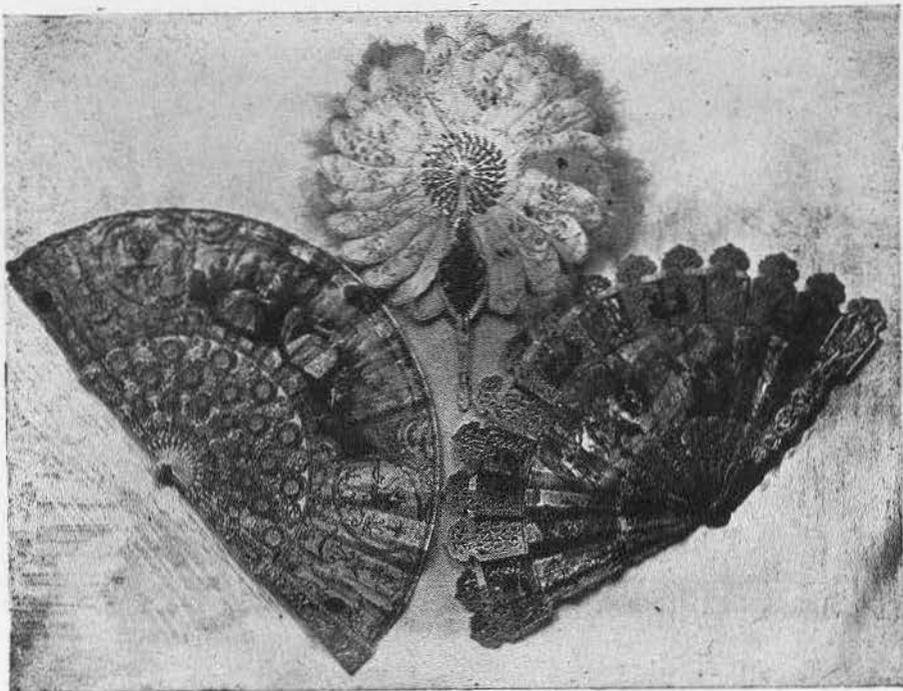
13.—Abanico chino con varillas de filigrana de plata y esmalte.  
Colección del Museo Nacional.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

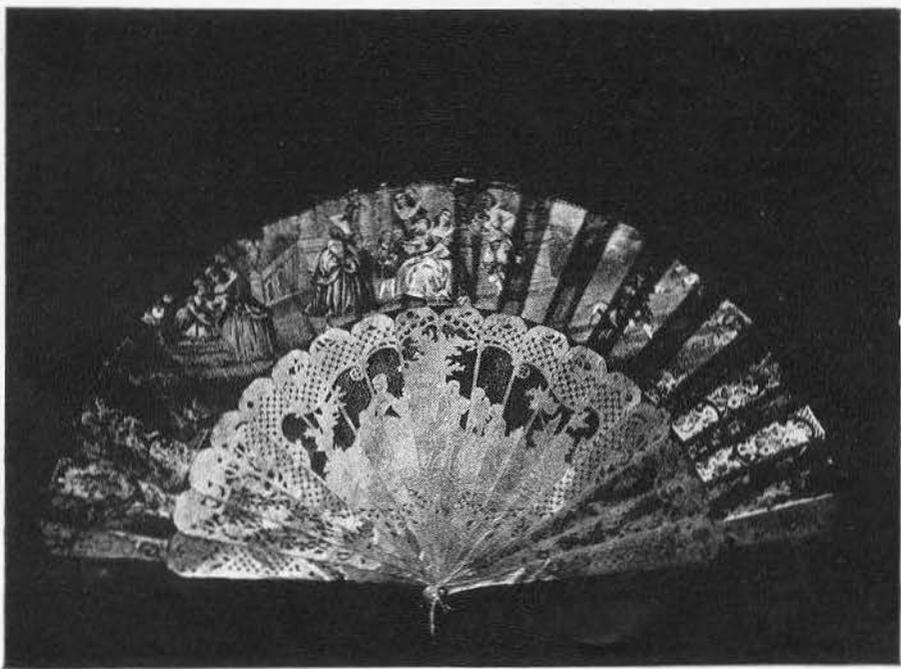


14.—Abanicos chinos plegados, mostrando las varillas exteriores llamadas "padrones."  
Colección del Museo Nacional.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTHROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTHROPOLOGIA

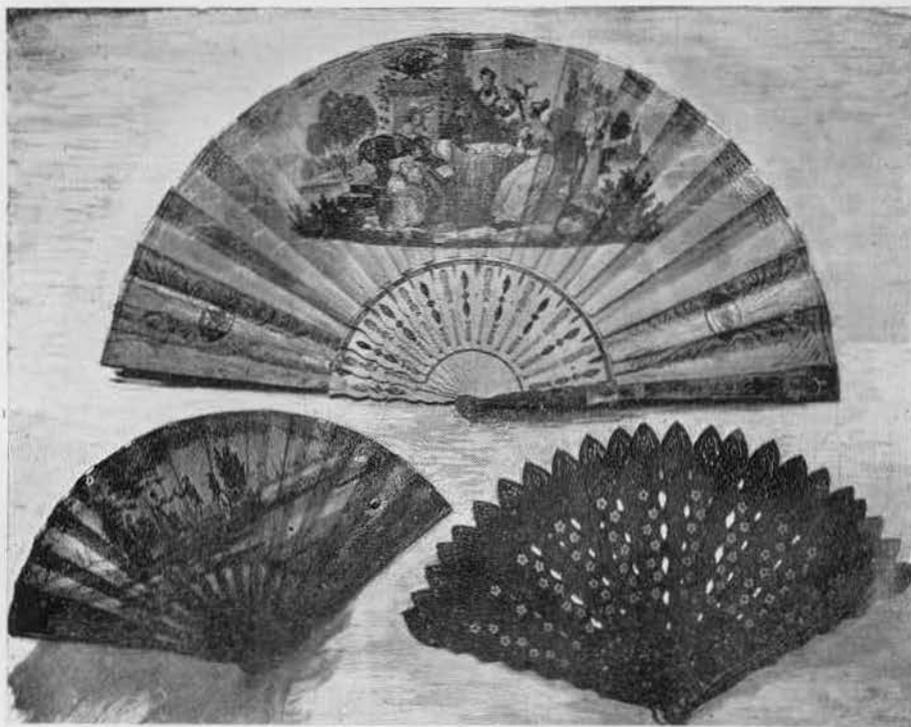


15.—Abanico de pluma pintada.—Abanico de madera prensada y dorada, estilo Luis XVI.  
Abanico de madera calada y dorada, manufactura holandesa.

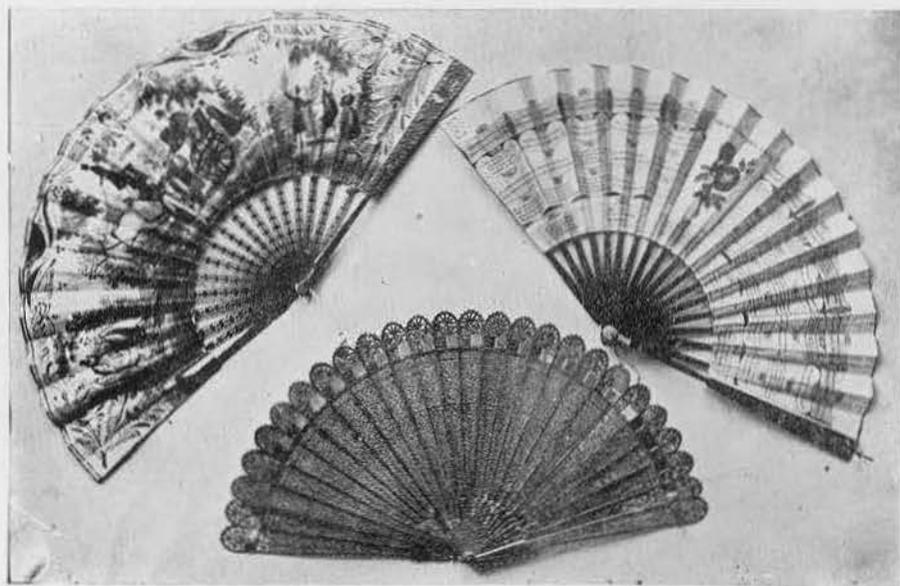


16.—Abanico de concha calada y tallada, manufactura francesa del siglo XIX.  
Pais en litografía iluminada.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANEROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANEROPOLOGIA

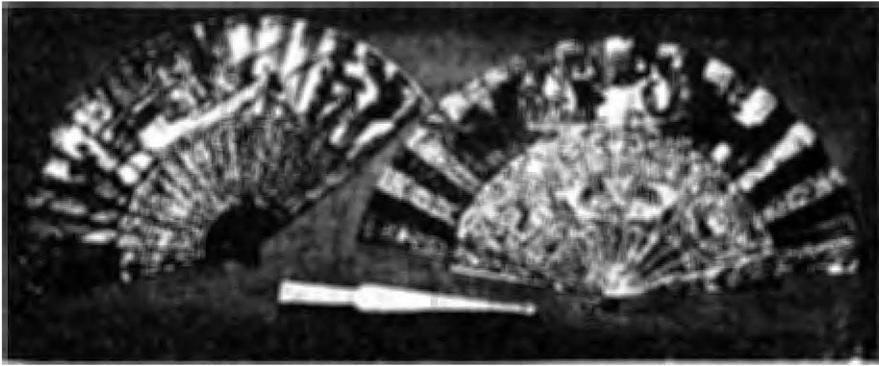


17.—Abanicos franceses del siglo XIX.—Colección del Museo Nacional.

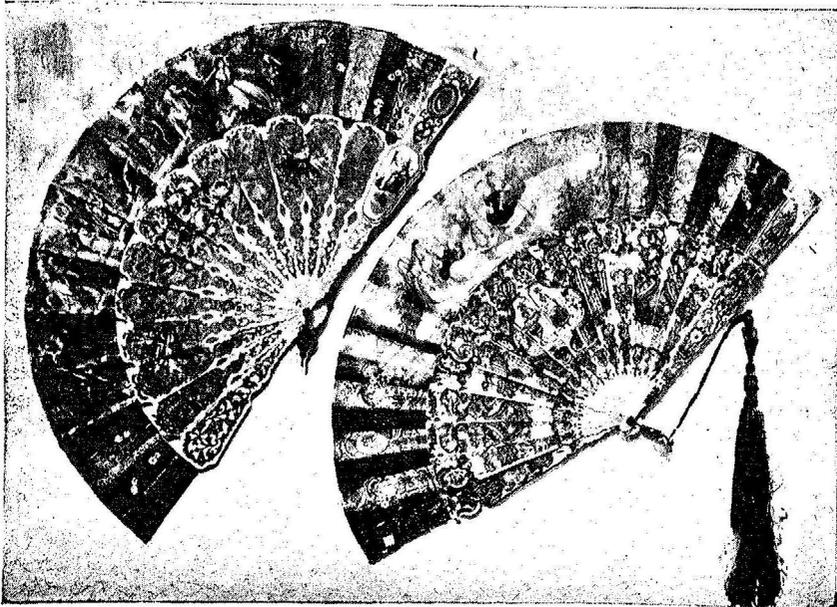


18.—Abanicos franceses del siglo XIX. Colección del Museo Nacional.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA

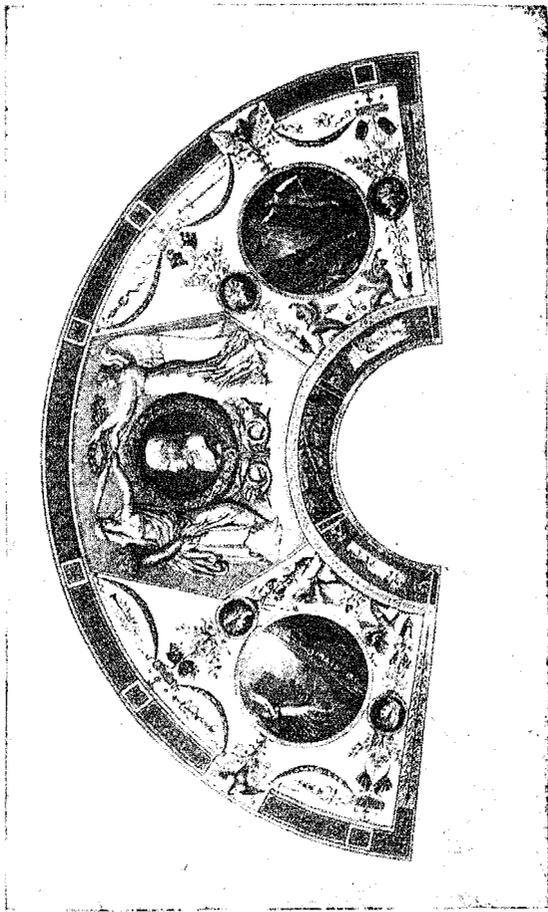


19.—Abanicos del siglo XIX.—De concha tallada y dorada, carey y marfil.  
Manufactura francesa.  
Colección del Museo Nacional.



20.—Abanicos franceses del siglo XIX, concha.  
Colección del Museo Nacional.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA



21.—Abanico Imperio por Percier y Fontaine.

**BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA  
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA**

“Locuras del día”, “Incroyables del Café”, eran los temas preferidos en los países.

Entre esta degradación moral (aparecía naciente una gloria). Mientras que Bonaparte conducía sus soldados victoriosos a través de Italia, el abanico del pueblo, el abanico histórico, alcanzaba una circulación jamás lograda en sus mejores días.

En 1796, fuera de doscientos grabados depositados en la Biblioteca Nacional, se hacían ciento catorce dibujos más, casi todos en honor del genio que hacía respetable a la República a pesar de sus excesos y sus errores.

En un abanico aparece su cara pálida sobre un medallón de color, y a ambos lados la Fama y la Victoria, rodeadas de trofeos guerreros; el tema es “Vencer o Morir.” Otro, el mejor de la serie, grabado por Bertaux y delicadamente iluminado, representa a Wurmer entregando su espada al general en Jefe.

El orgullo nacional crece de hora en hora. Encontramos en otro abanico un dibujo que representa al Directorio frente a los monarcas de Europa, que llevan en las manos ramas de olivo. España, Austria, Rusia, Cerdeña, Holanda, Inglaterra, piden paz.

Cuidadosos artistas como Chaudet, Godefroy el grabador, Percier y Fontaine, arquitectos, hacen los proyectos para un abanico romano en honor del soldado vencedor. En el centro, en un espacio poligonal, se ve la cara de Bonaparte en camafeo (coronado por la Paz y la Victoria). Los ornatos arquitectónicos de Percier y Fontaine, en estilo griego y romano, dan un gran efecto a la composición.

La vuelta de Bonaparte a Francia dió nuevo impulso al comercio. Recibido en todas partes con ovaciones, los abanicos representaban la entrada del héroe, y conducido por la Victoria y la República, esta última de pie cerca de una columna. Hércules en el fondo. La franja, que rodeaba la composición, estaba formada por las letras de Bonaparte, separadas por ornatos.

Viene después la recepción del General Bonaparte. Al presidir el banquete en la Sala de Audiencia el 10 de diciembre de 1797, apareció Venus al medio día. La famosa estrella cuya aparición excita al pueblo, declarándola un cometa, es fuente para los abaniqueros.

Representan en un abanico a un grupo de gente espantada, rodeando a un astrólogo que está enfocando su telescopio.

Desde luego todas las “Agréables” se peinan “al cometa”, a la “estrella” y aparecen estrellas por todas partes.

La producción de abanicos alcanza su mayor actividad en esta época.

Se hace universal la boga del abanico y lo usan casi todas las mujeres.

Vuelve la época del mirto y las rosas, guirnaldas y cupidos; rústicos idilios que forman griegos y romanos. Se cambian besos las naciones disfrazadas de pastores, como niños jugando, y esto se dibuja o pinta de mil maneras.

Por este tiempo, compuso el poeta Milon, una especie de Henriada burlesca, poema de muchos cantos dedicado al abanico.

“Cantor del abanico—arma sin par y ligera  
Que de la hermosa mueve la mano hechicera  
Que en su favor cautiva,—voluntarioso  
Del amante céfiro el soplo cariñoso.”

“Zemis muere de amor por la exquisita Delfina,  
que se hace sorda a sus ruegos.  
Zemis vuelve a los bosques e invoca a Venus  
La Diosa ordena al amor que prepare un abanico.  
Terminada la obra, Zemis la recibe de manos de la Diosa  
Y conquista con ello su felicidad.”

Para ser motivo de todo un poema encontramos que el abanico alcanzó gran popularidad.

Se prostituye el gusto y entre muchas costosas baratijas de nuevo estilo, muestra un joyero a Friné:—Un abanico de crepé negro, montado en concha, decorado el país con figuras antiguas.—Las carnes están hechas con trocitos de raso pintado, pegados sobre el fondo negro, los paños de lentejuela dorada. De muy mal gusto y costoso.

Al día siguiente su modelo ha perdido el mérito. Un abanico dibujado por Boneville, lo convierte en elemento moralizador. Una joven se defiende de las saetas de cupido con su abanico y es animada con estos cantos galantes.

Beautés quand, avec l'éventail,  
Vous ombragées votre figure,  
Vous nous privéz du beau detail  
Et des trésors de la Nature.

Las viejas costumbres reaparecen, el relajamiento de las maneras bajo el Directorio se refleja fielmente en los abanicos de asuntos galantes cuya venta crece de día en día.

Algunos abanicos se dibujan especialmente para la venta en España. “Paz de todas las potencias para la República Francesa” en el centro “La República” coronada de laurel sentada frente a una fila de escudos y banderas de todas las naciones. A la izquierda el Amor, a la derecha Mercurio, abajo Marte y Neptuno.

Por el reverso: la escena principal, Napoleón como primer Cónsul coronado por Francia y grupos alegóricos que simbolizan las satisfacciones del comercio y la agricultura.

Éstos abanicos, destinados a España, tratan de serenar la Península en lo que se refiere a la Política del Primer Cónsul.

En España adquiere un lenguaje propio el abanico—se necesita una clave para entender sus movimientos y es arma de conspirador.—Acompaña en el siglo diecisiete, al miriñaque o bulto sobre el que caían las faldas o basquiñas; faldellines o faldellicos.—Sobre el cuerpo, jubones mangueados y mangacuerpos; gorgueras sostenidas con arandelas de filigrana.—Cuando es

muy valioso, se cuenta entre las alhajas: binoquiños, sirenas, ajorcas de gasa—y es de tafetán varillado de plata.

Con el siglo XVIII.—Nos cuenta el "Pensador Matritense": Dejaran las Petimetas, sus antiguas galas de listones, usando en verano, batas guarnecidas de primaveras sobre zagalejos blancos; en invierno basquiñas de preciosos géneros, lujoso calzado, abanicos riquísimos y tocados a la medusa o a la turca. De la misma época, encarece Cadahalso: los "deshabillés" y bonetes de noche, las chinescas batas, con zagalejos y guarniciones y vuelos de encajes: sus tontillos, dominós, inglesitas, turquesas y bostonesas; sus sombrerillos a la turca, sus aderezos de pedrería, abanicos bordados, cofias de blondinas, delanteras de china.

Al terminar el siglo XVIII y nacer el XIX—entre los muy variados accesorios del traje femenino: cajas, guantes, abanicos, espejillo, quitasol—alhajas, muchas de quincalla—tiranas, medallones, borlas, zarcillos, hasta hacer decir a Moratín hablando de las damas de su época: Telas, plumas, caireles, arracadas, blondas, medias, hechuras y puntadas de Madama Burlet y del platero.

Nosotros tenemos, abanicos muy sencillos de palma—abanicos inseparables de la jarocha.—De plumas de faisán, curiosamente entretrejidos. Y el abanico barato español o francés que se hace diminuto, se viste de encajes, o crece, ya sea Isabelino o Pericón, pero acompaña siempre los variados y frívolos artulugios que pide la moda para el traje femenino.

V. PRIETO,

Ayudante del Depto. de Etnología Col. y de la Rep.

